

**RELATO GANADOR DEL II CERTAMEN DE RELATOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS 2016-17**

LA VIDA ES ETERNA EN 5 MINUTOS

Álvaro Toca Oteo

Éramos 600, entre estudiantes y profesores. Un oficial de gafas oscuras, rostro pintado, armado con metralleta, granadas y cuchillo nos dirigía como prisioneros a un pequeño estadio. Entrábamos en fila, maniatados y con miedo. Era 12 de septiembre de 1973 en Chile, ¿veríamos nacer el otoño?

El día anterior un grupo de militares encabezados por el general Pinochet había tomado el país y bombardeaban el Palacio de la Moneda, donde nuestro presidente Salvador Allende acababa con su vida tras pronunciar por radio su último discurso:

“Llamo a todos los trabajadores. Que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas”.

Y eso hicimos, permanecimos en la universidad para defender nuestra democracia. A las 12 del mediodía del siguiente día los militares asaltaron el edificio, recuerdo como a un profesor que llevaba exámenes en la mano le fue preguntado cual eran los dos alumnos de su clase que mejores notas habían sacado, tras responder le obligaron a comerse dichos exámenes. No fue para tanto si lo comparamos con que más de un estudiante fue asesinado a tiros y golpes. Los que no fuimos presa de su mortal rabia fuimos maniatados y conducidos a culatazos hasta uno de esos camiones militares verdes, donde nos obligaron a subir a su parte trasera. Cuando pienso en aquel camión verde se evoca ante mí ese olor a miedo que pintó aquel trayecto. Durante el camino nadie pronunció una palabra.

Horas después nos bajaron como a ganado, nos pusieron en fila india y nos ordenaron avanzar. Caminábamos lentos en la fila hacia el posible matadero al que nos llevaban. Nuestro delito, ser estudiantes y creer en la democracia. Mientras avanzábamos un militar rugió un grito estremecedor:

- ¡A ese hijo de puta me lo traen para acá! -gritó mientras señalaba a nuestra fila, mi corazón se estremeció ¿Era a mí? ¿Era mi fin?

- ¡A ese huevón!, ¡a ése! -le gritó al soldado señalando a la fila, temí siquiera mirarle a los ojos. Sin embargo el soldado cogió al hombre que estaba detrás de mí, era un hombre con el pelo rizado.

El conscripto empujó con violencia al prisionero, haciendo a este tambalearse.

- ¡No me lo traten como señorita, carajo! -espetó insatisfecho el oficial.

Al oír esto, el soldado derribó de un culatazo al reo, que cayó al suelo. La sangre comenzó a brotar tímidamente en el lugar del impacto, pero una sonrisa de bondad iluminaba su rostro. Entonces le reconocí.

- ¡Así que vos sos Víctor Jara, el cantante marxista, comunista concha de tu madre, cantor de pura mierda! -gritó el oficial.

Víctor alzó su mirada y estableció contacto visual con el oficial que se había posicionado enfrente de él, esa valentía tan propia de Víctor solo irritó más al oficial, que cruzó la cara del cantante de una patada.

- Yo te enseñaré hijo de puta a cantar canciones chilenas, ¡no comunistas!

Explotaba su voz mientras le propinaba dos, tres, cinco, ocho y hasta diez patadas conté que le propinó en la cara y el cuerpo mientras el pobre se intentaba proteger.

Pero siempre que el oficial paraba, Víctor se recomponía y mostraba de nuevo una sonrisa.

El oficial desenvainó su pistola y la puso en la cara del cantante. En la fila nos miramos horrorizados e impotentes, presos de la acción coartada por fusiles y bayonetas.

De nuevo se vuelven a mirar a los ojos. El oficial descarga su ira de nuevo y la emprende ahora a culatazos contra su cara mientras gritaba histérico, mientras, Víctor no pronuncia una queja. Es la barbarie hecha carne vapuleando a la libertad. El cabello de Víctor comenzó a gotear sangre, su sangre, que como un río, inundaba su cara. El oficial para, exhausto, se da la vuelta y vocifera a los soldados que nos custodian:

- ¿Qué pasa huevones? ¡Que avancen estas mierdas! Y a este cabrón -en referencia al cuerpo cuasi inerte rodeado bajo un charco de sangre que hace unos minutos era Víctor- me lo pones en ese pasillo y al menor movimiento, lo matas! ¿Entendiste? ¡Carajo!

“Llevan a cabo sus planes con precisión arterial sin importarles nada. La sangre para ellos son medallas. La matanza es acto de heroísmo”.

Continuamos caminando hasta los lúgubres vestuarios donde antes los jóvenes jugaban, donde ahora nos encerraban. La tensión era palpable, podíamos morir en cualquier momento. Cada vez llegaban más y más al cada vez más abarrotado estadio. Mil, dos mil, tres mil, cuatro mil, cinco mil....

*“Somos cinco mil
En esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil
¿Cuántos somos en total
en las ciudades y en todo el país?”*

Nos llevaron a las gradas.

Trabajadores, estudiantes, jóvenes, heridos, dolidos, descorazonados y muertos de tristeza e impotencia. Humillados, con la ropa y los sueños hechos girones. De vez en cuando los guardias cogían a alguno de nosotros, le tiraban al suelo, le golpeaban, le destrozaban a golpes mientras le escupían. Escoria, escoria era lo que nos llamaban, escoria era lo que veían cuando nos miraban.

Allí, en la tenebrosa esperanza rota, reconocí una cara amiga. Era Manuel, vecino de mi barrio, su familia emigró de Bolivia y desde los 4 años éramos amigos, estaba con su padre José, un anciano minero.

Les saludé y entablamos conversación –siento tenernos que ver en estas circunstancias, Manuel-. Hablamos un rato.

Una niña nos interrumpió, tenía 8 años. Buscaba a su padre.

- ¿Habéis visto a mi papá? Estoy muy preocupada por él. Estábamos los dos en el parque, cuando esos hombres de verde nos cogieron y le pegaron muy fuerte, él me dijo que no pasaba nada, pero sus ojos y su voz temblaban de forma muy rara.

La tranquilizamos y la mentimos, diciéndola que todo iría bien. José sacó una chocolatina que tenía en su bolsillo y la partió en cuatro trozos- “La solidaridad y el amor es lo que nos hace humanos, aún en momentos de las más oscuras tormentas, hay que recordar quienes somos. Y somos bondad”-nos dijo mientras nos repartía lo poco que tenía.

Manuel y yo nos comenzamos a poner al día. Abstraídos momentáneamente de estos días grises, de tristeza y otoño hablamos de aquellos días de sol, de alegría, de primavera. Mientras hablábamos, la pequeña niña me cogió del brazo -“ese es mi papa”- mientras señalaba a un hombre con su cara amoratada e hinchada.

La niña se levantó con una sonrisa de par en par de su asiento y corrió hacia él en busca de unos brazos conocidos, su padre se giró y abrió sus brazos para hacer efectivo tan esperado abrazo. Pero el plomo mordió la vida de la pequeña niña antes de que llegase a su padre. Una sierra de Hitler (como llamaban los golpistas a sus ametralladoras) vació su cargador contra la pequeña. Se desató el silencio. Un oficial vino hacia donde nosotros- ¿tú no serás un asqueroso cubano comunista? -dijo, apuntando a mi amigo Manuel.

“No, no, dijo Manuel, soy de Bol...”

Antes de que pudiese responder le derribó de un culatazo, y al grito de “maldita basura marxista” le cortó con la bayoneta la oreja. Su padre gritó e intentó apartar al soldado, le estrelló la culata del fusil con la violencia de aquel que ha sido convertido en máquina. José cayó fulminado mientras de su cabeza explotaba una erupción de sangre. José dejó de moverse, solo lloraba.

Ennegrecido de locura y rabia, un trabajador saltó desde lo alto del estadio al grito de “Viva Allende”. Su cuerpo se hizo puré contra el suelo. Hubo enfrentamientos entre nosotros, los desarmados, los desposeídos, los ahora nadie, y ellos, los armados, los violentos, los hombres-máquina.

No sé cuántos murieron hasta que nos dimos cuenta que lo que hacíamos era puro suicidio. No sé cómo conseguí librarme ese día de la orgía de violencia, muerte y tortura.

No volví a saber de Manuel.

“Seis de los nuestros se perdieron en el espacio de las estrellas.

Un muerto, un golpeado como jamás creí se podría golpear a un ser humano.

Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores, uno saltando al vacío, otro golpeándose la cabeza contra el muro, pero todos con la mirada fija de la muerte”.

Al día siguiente se oyeron gritos a las afueras del estadio, se habla de enfrentamientos, la mayoría de los guardias que nos custodian van a la entrada del estadio. Dicen que los prisioneros que han venido de Legua se han intentado rebelar. De los autobuses solo bajan muertos y tullidos.

Alguien me agita el brazo.

“Eh, eh, déjame tu chaqueta por favor, es para él.”-me dice.

Un hombre de mediana edad me señala hacia el suelo. Allí había un cuerpo tumbado abanicado por dos hombres. Su cara repleta de hematomas, su camisa hecha sangre. Entonces le reconozco, otra vez. Es Víctor Jara, tratamos de ayudarlo camuflándole. Le cambiamos la ropa, le limpiamos la cara de sangre reseca, le cortamos el pelo con un corta uñas que llevaba un compañero consigo.

Tratamos de salvarle.

Vienen unos guardias y nos hacen confeccionar listas con nuestros nombres para trasladarnos al Estadio Nacional. El camuflaje de Víctor da el pego, los guardias no le reconocen. Inscibimos su nombre completo en la lista para tratar de ocultarlo: Víctor Lidia Jara Martínez.

Comienza a caer ya la noche. Un compañero reconoce a un militar, fueron vecinos desde niños. Le pide alimento y este se excusa y rehúsa dárselo. Pero al poco aparece con un huevo escondido bajo la manga -Por los viejos tiempos-dice. Parece que siempre habrá resquicios de humanidad hasta en lo más profundo de su derrota. Se lo damos a Víctor, quien sonriente hace un agujero con un fosforo y sorbe el huevo -Así lo comíamos en mi tierra, en Languén- sonrío y nos habla de su pueblo con los ojos alegres, recupera el color de la cara -Mi corazón late como campana- dice sonriendo.

Ese día dormimos todos juntos, nosotros, los ahora no-humanos, no sin antes hablar en corro en el frío de la noche. Jara nos habló de los encuentros informales que tuvo con el presidente Allende, de la universidad, de justicia, de libertad, de sus amigos artistas, pero sobre todo nos habló de sus hijas, de Manuela, de Amanda y cómo las

recordaba sonrientes y felices, se preguntaba, si moría, cómo le recordarían a él.

La noche terminó engulléndonos con su oscuridad, y en el filo de las estrellas que se alzaban sobre nosotros me pregunté: ¿Podríamos escapar de allí con vida? ¿Podríamos ver de nuevo la esperanza en el alba que llega tras el ocaso?

Nació la mañana. Nos subieron a los camiones con, de nuevo, la bayoneta apretándonos la columna. Víctor pasa inadvertido. ¿Hay esperanza?

Es mediodía y nos anuncian que algunos compañeros de la universidad saldrán en libertad gracias a contactos, la alegría que nos invade es tremenda. Pronto podremos ser nosotros los que nos libremos de la amarga y cruel cara de la represión para engordar las filas del frío y duro exilio. El exilio duele y quema, pero es mejor que la muerte.

Abrumados por la leve esperanza y la tibia alegría, todos comenzamos a escribir a nuestras madres, hermanos, padres, amigos, esposas e hijas para comunicarles que estamos vivos. Víctor me pide mi libreta -querrá escribir a su familia, pienso-.

Mientras lo hace, observo como bailan dulce y armoniosas sus manos, que tantas canciones escribieron y que a tantos a lo largo y ancho no solo del país, sino del mundo conmovieron. Todos nos encontrábamos en nuestra pequeña burbuja y refugio seguro de la tiranía, por eso no nos dimos cuenta de cómo cuatro guardias habían entrado en nuestra celda, no fue hasta que agarraron a Jara y le sacaron de la celda a golpes que recordábamos donde y por quién estábamos apresados.

Y de nuevo los gritos histéricos de los captores, y de nuevo los golpes, cada vez más brutales, cada vez más fuertes. La emprenden a puñetazos y a patadas con él. Le habían reconocido. Parecía que habían terminado, Víctor se levanta a duras penas, le han abierto la cabeza. Recién se levanta, lo derriban a culatazos que estallan en cólera contra su cabeza, pecho y brazos. De nuevo, cuando parece que han terminado, Víctor se vuelve a levantar. Nos mira, sus ojos emanan tranquilidad y bondad en medio de la tormenta. Y de nuevo, le derriban borrachos de brutalidad, propinando una tamaña paliza contra su cuerpo ya hecho entero sangre. No se volvió a levantar.

Se le llevaron a rastras, esa fue la última vez que vi a Víctor Jara con vida.

Más tarde me contaron que se lo llevaron a los subterráneos, donde después de destrozarle las manos para que Víctor se concienciase de que no podría volver a practicar su pasión: tocar la guitarra, le torturaron a él y al abogado Littré Quiroga. Tras esto, jugaron con ellos a la ruleta rusa, hasta que una bala salió disparada del revólver y apagó la luz de los ojos de Víctor Jara. Mientras convulsionaba en el suelo, los soldados dispararon a su cuerpo 44 veces, o al menos dijeron que así se produjeron los disparos.

*“¡Canto, qué mal me sales
cuando tengo que cantar espanto!
Espanto como el que vivo,
como el que muero, espanto”*

Esa misma noche, con el estadio lleno de prisioneros, fui a escribir una nota. Encontré en mi bolsillo la libreta. Me fijé que la letra de la última página no era mía. Recordé que Víctor estaba escribiendo cuando se le llevaron. Allí, delante de mí tenía el último escrito de Víctor Jara. Me sorprendí, porque no era una carta, era un poema. Los

últimos versos del poeta asesinado. Víctor vivía en ellos. Inmediatamente acordamos todos los allí presentes lo vital de sacar el poema de ese estadio hecho cárcel. Un zapatero abrió mi zapato para esconder allí las dos hojas del poema, hacemos copias de él y se las entregamos al estudiante y al médico que saldrán en libertad. Sería nuestro intento por homenajear su memoria, un último acto de resistencia.

Pero el joven estudiante cuando va a salir es fuertemente revisado por los militares, que encuentran el poema. Le torturan y obtienen el origen de este. Saben de mi existencia, en poco dan conmigo. Me llevan al Velódromo, convertido en carpa de interrogatorios, sufrimiento y tortura.

*“¿Cuántos somos en toda la Patria?
La sangre del compañero Presidente
golpea más fuerte que bombas y metrallas
Así golpeará nuestro puño nuevamente.”*

Entré en una habitación iluminada lúgubrementemente, huele a una mezcla de sudor, sangre y lágrimas. Pero sobre todo a miedo e injusticia. Me derriban de un culatazo, la sangre empieza a bajar como un torrente por mi frente. -“¡Ese zapato, cabrón!” - Ruge con la rabia de aquel que ha sido programado para no sentir. Golpea el zapato hasta que caen los últimos versos del poeta Víctor Jara al suelo. Los rompe en frente de mí. Aparentemente es mi fin, comienzan a torturarme como lo harían contra tantos otros inocentes durante los siguientes años en Chile. Mi padre me advirtió que en América Latina si hacías política te mataban, fuimos ingenuos y creímos que nadie te mataría por querer un mundo mejor, pero supongo que hay hombres a los que no les beneficia. Entre los golpes me preguntaron por quién tenía el otro poema, una sonrisa acariciada por mi sangre surgía. Si me lo preguntaban es porque

no sabían quién tenía el otro poema, aun había esperanzas de sacar fuera el poema. Cada minuto que soportase las torturas, era un minuto más para que el poema pudiese atravesar las murallas del horror y contar al mundo lo que estaba ocurriendo. Me propinaban brutales palizas: puñetazos, patadas, culatazos, saltaban sobre mi estómago, tantearon el cortarme los dedos con un alicate, amenazaron con matar y violar a toda mi familia, me sometieron a intensas descargas con la técnica que ellos llamaban “la parrilla”... Daba igual, la libertad siempre será más grande y fuerte que el terror y el miedo. Para cuando por el infernal dolor confesé la existencia de otro poema, ya era tarde. El último poema de Víctor Jara había roto el cerco del fascismo.

Pudieron callar su vida, apagar sus ojos, pero jamás podrán callar su voz y apagar su luz.

Último poema de Víctor Jara:

*“Somos cinco mil aquí.
En esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil.
¿Cuántos somos en total en las ciudades y en todo el país?
Somos aquí diez mil manos
que siembran y hacen andar las fábricas.
¡Cuánta humanidad
con hambre, frío, pánico, dolor,
presión moral, terror y locura!
Seis de los nuestros se perdieron
en el espacio de las estrellas.
Un muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano.
Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores,
uno saltando al vacío,
otro golpeándose la cabeza contra el muro,*

Álvaro Toca Oteo

*pero todos con la mirada fija de la muerte.
¡Qué espanto causa el rostro del fascismo!
Llevan a cabo sus planes con precisión artera sin importarles nada.
La sangre para ellos son medallas.
La matanza es acto de heroísmo.
¿Es éste el mundo que creaste, Dios mío?
¿Para esto tus siete días de asombro y trabajo?
En estas cuatro murallas sólo existe un número que no progresa.
Que lentamente querrá la muerte.
Pero de pronto me golpea la consciencia
y veo esta marea sin latido
y veo el pulso de las máquinas
y los militares mostrando su rostro de matrona lleno de dulzura.
¿Y Méjico, Cuba, y el mundo?
¡Qué griten esta ignominia!
Somos diez mil manos que no producen.
¿Cuántos somos en toda la patria?
La sangre del Compañero Presidente
golpea más fuerte que bombas y metrallas.
Así golpeará nuestro puño nuevamente.
Canto, que mal me sales
cuando tengo que cantar espanto.
Espanto como el que vivo, como el que muero, espanto.
De verme entre tantos y tantos momentos del infinito
en que el silencio y el grito son las metas de este canto.
Lo que nunca vi, lo que he sentido y lo que siento
hará brotar el momento...*

Pero tras 43 años de aquello, al menos nos queda el consuelo de que se hizo justicia.

Álvaro Toca Oteo

El ex teniente de gafas oscuras, Pedro Barrientos, que torturó a Jara y quien parece apretó el gatillo, ha sido condenado en Julio de 2016. Se le ha ordenado pagar 28 millones a la familia de Jara.

El dictador que quitó el poder al presidente Salvador Allende, el militar Pinochet fue castigado NO llegándole a condenar por crímenes de lesa humanidad y genocidio.

Agustín Edwards, importante empresario y el hombre fuerte de la CIA en Chile, uno de los principales instigadores de las acciones desestabilizadoras contra la democracia chilena y promotor del golpe a través de sus medios de comunicación, fue condenado a disfrutar de su fortuna estimada en 3.000 millones de dólares que creció durante la dictadura.

Richard Nixon, el presidente de los EEUU que mandó desestabilizar el país haciendo “chillar la economía chilena” y financiando el golpe, fue condenado a ser INDULTADO por su sucesor Gerald Ford.

Henry Kissinger, el que fue el conspirador en la sombra, fue condenado a recibir el PREMIO NOBEL DE LA PAZ ese mismo año. Rockefeller, principal responsable del golpe de estado al ser el primero en tomar acciones contra la democracia chilena tras ser nacionalizada la que era su empresa de cobre: Anaconda, sufrió el castigo al obligarle a su familia a CONTROLAR el JP MORGAN, uno de los bancos más importantes del mundo.

“No sirve de nada señalar las lágrimas si no se señala qué y quién las provoca”